

La Crónica, 6-9-1981

La Crónica
6/9/81 P 11

“Reloj de Flora” libro de poesía insólita

Por
ALFREDO
VIGNOLO
MALDONADO



enemos en la mano un libro al que no sabemos si calificarlo como el más bello libro de poesía que hemos visto en muchos años o como una joya del arte gráfico, en el que el autor ha volcado todo su inmenso contenido poético y toda la vastedad de su ser, como persona y como artista.

Desde la delicadeza del sobre que lo cobija hasta el empaste y la finura exquisita de cada página, hábilmente diagramada, desde la primera expresión vertida de puño y letra por el autor, con generosidad frondosa, hasta el último pensamiento anidado entre arrullos de pájaros inmóviles: “Mientras Beethoven arborece/ apuro himno en mis oídos/ la alegría”, se abre ante el lector una flora inmácula.

“Es —como dice Carlos Germán Belli en la presentación— “la boda de la botánica con el verbo. . .” Es también, como expresa, “la analogía con un solo reino; el de las plantas. Pero más que la oblicuidad del símil o de la imagen, los enigmáticos seres vegetales penetran el libro por entero, desde su estructura física hasta la célula de la palabra”.

En efecto, Manuel Pantigoso, poeta y maestro universitario, editor del Suplemento Cultural de LA CRÓNICA, ha hecho una incomparable transfiguración del reino vegetal representado por la hoja, en un manojo de versos esparcidos, con pulcritud, a través de las partes vivas de aquella: el pecíolo, el limbo y la nervadura. Y el resultado insólito, esplendoroso y cuajado de verdor, a pesar de la sólida madurez de la obra, es “Reloj de Flora”, un privilegiado obsequio para el espíritu de quien lea este nuevo libro de Pantigoso, quien dice, al comienzo: “He aquí el plantado móvil erecto por mis venas apurando pecíolos oh vástago silente. . .”

Y es la sensación que se experimenta al leer este libro. Es estar sumido en el bosque verde desde que se ingresa a él y casi tocando las hojas deleitarse con cada verso que se cumpia de rama en rama, escuchando quedamente el silencio del viento detenido y el calor del sol reverberante que agujerea el espacio dejando intacto este árbol de versos.

“... a duras penas/ papel escrito/ apenas hebras/ por el turbión. . .” se lee en la hoja que se llama Radiales del poema fértil, cuya diagramación es tan excepcional como el contenido.

O cuando en el Pecíolo el autor exclama, como una

oración a la Creación: “. . . De aceite y sal el río/ en el fluir del árbol/ pez votivo, pájaro verde/ piando al aire. . .”

El estuche verde, la carátula verde, las hojas verdes representan más que color, el deseo y la necesidad de una esperanza abierta en el espacio para que cada hombre encuentre su ser perdido, no en el bosque poético sino en el tráfago vertiginoso y homicida del acontecer cotidiano, que nos resta tiempo, nos quita espacio para el imprescindible deleite que ofrece la producción que, como la de Manuel Pantigoso, aquieta el espíritu, amaina la braveza del diario trajín y contiene, cual represa imaginaria, los ímpetus diabólicos de todo ser humano.

Audazmente nos hemos atrevido a ofrecer estas líneas. No son comentario del libro; mucho menos su presentación, que sería demasiado alarde. Es sencillamente la admiración a una obra poética por su profundo contenido y artística por su excelente presentación, en la que han contribuido el retoño de ese árbol admirable —el hijo del poeta— Francisco Manuel Pantigoso Velloso da Silveira y su cuñado, Flavio Velloso da Silveira, el primero con las finas ilustraciones, que también son poesía en cada curva y en cada línea y, el segundo, con un apunte muy bien logrado del rostro del autor de esta nueva entrega a la cultura, no sólo peruana sino latinoamericana y, por qué no, universal.